

El distintivo del cristiano

2ª Corintios

6.4–10; 11.16–33

¿Qué ha ganado usted con la religión?

James Thompson

«¿Son ministros de Cristo? [...] Yo también» (11.23).

A la experiencia religiosa de los Estados Unidos se le ha referido como la religión del «autoservicio». A diferencia de ciertos países, en los que predomina una sola forma de expresión religiosa, en este país uno tiene ante sí un ilimitado número de modos de acercarse a la fe religiosa. El resultado de las abundantes «ofertas» es que nos convertimos en una especie de consumidores que buscan entre éstas la que les parece más ventajosa. Al igual que buenos consumidores, comparamos unas ofertas con otras, hasta encontrar la forma de ministerio que más nos gusta. Les prestamos oído a las afirmaciones que se hacen por los medios de comunicación y por las diferentes clases de literatura, y después elegimos la que mejor nos parece. Si ésta no nos llega a satisfacer, ¡siempre podemos cambiar de marca!

Las preguntas que nos han enseñado hacer, acerca de todo producto, son sencillas: «¿Qué beneficios me producirá?» «¿Guardarán proporción los beneficios con los costos?». Las mismas preguntas se hacen hoy día personas en particular e iglesias. Estas preguntas propician que muchas iglesias y ministros se jacten de sus ofertas. Una iglesia ofrece algo que interesa a los que buscan satisfacer su sensibilidad estética. Otra ofrece una agradable atmósfera en la que se puede tener

«tranquilidad de espíritu» por un módico precio. Otra ofrece constantes señales de poder espiritual. Puede que los dirigentes de las iglesias incluso hagan estudios de mercado, con el fin de ofrecer una religión que sea más atractiva que la de sus competidores.

Es un error acercarnos a nuestra fe de la manera como lo venimos describiendo, es decir, preguntándonos qué beneficio nos producirá. El Nuevo Testamento se refiere a menudo a los beneficios que recibimos de la fe. Ésta, en efecto, ofrece tranquilidad de espíritu, esperanza, una atmósfera cálida y poder espiritual. Sin embargo hay peligros implícitos en emprender una búsqueda de la religión que tenga «la mejor oferta». La experiencia que tuvo Pablo con los corintios nos recuerda los peligros que conlleva el acercarnos al ministerio del mismo modo que lo haría un consumidor.

JUEGO DE LOCOS (11.16–22)

Los cristianos corintios eran los consumidores que se veían obligados a elegir entre dos clases de religión. Los «grandes apóstoles» (11.5) y Pablo ofrecían versiones muy diferentes de ministerio cristiano. A juzgar por las críticas lanzadas a Pablo por parte de los «grandes apóstoles», podemos suponer que el ministerio de ellos ofrecía algo

espectacular (cf. 10.10). Eran oradores impresionantes que ofrecían demostraciones visibles del poder de Dios en sus vidas. El ministerio de ellos estaba aparentemente lleno de jactancia por sus grandes logros. De hecho, un rasgo sobresaliente de los capítulos 10 al 13, lo constituyen las frecuentes formas de la palabra «jactarse». Esta palabra, ya sea en su forma sustantiva o verbal, se da diecinueve veces en estos capítulos. Los «grandes apóstoles» se jactaban de sus credenciales como hombres de gran poder espiritual (cf. 11.22, 18). La jactancia de ellos puso a Pablo a la defensiva.

Es probable que los «grandes apóstoles» se jactaran de sus propias «visiones y [...] revelaciones del Señor» (12.1), las cuales ellos presentaban como señales de su poder espiritual. Critican a Pablo por ser una figura débil que viaja de una ciudad a otra, siendo objeto de la persecución y del menosprecio. En todo lugar al cual va, sufre una nueva derrota, pues constantemente lo están arrestando, azotando y echando de la ciudad. Según este punto de vista, Pablo es incompetente (cf. 2.16) para una tarea importante. Ha dejado tras sí una trayectoria de debilidad y fracasos.

¿Cómo respondemos a tales acusaciones? Tal vez nos parezca que la mejor manera de responder, es no darles importancia a las críticas que se lanzan a nuestro ministerio. Sin embargo, Pablo no actúa así. ¡Qué dicha que el apóstol decidió darles importancia, pues las respuestas que les dio nos ofrecen la mejor oportunidad que se da en todo el Nuevo Testamento, de comprender del modo más claro en qué consiste el «distintivo» del cristiano! Pablo decide ponerse a la altura de sus críticos, con el fin de defenderse. En 6.4, él enumera los distintivos con que «se recomienda» a los que dudaban de él. En 11.16–18, dice que ahora se gloriará él. Prosigue en 11.22–33 enumerando una vez más los distintivos de su ministerio.

No hay duda de que es desagradable gloriarnos de las cosas que nos distinguen como siervos de Cristo. Pablo apenas entabla defensa alguna de su propia persona en otra epístola que no sea 2ª Corintios. De hecho, se muestra reticente a hablar de tales asuntos. Se refiere a esta conversación como una «locura», y reconoce que está participando en un juego de locos. Esto es lo que les dice: «¡Ojalá me toleraseis un poco de locura!» (11.1). También dice: «Lo que hablo, no lo hablo según el Señor, sino como en locura, con esta confianza de gloriarme» (11.17). En circunstancias normales, por lo tanto, el gloriarnos de nuestros propios logros es totalmente incorrecto. En palabras de Pablo, ¡tal jactancia es de locos!

¿Por qué decidió Pablo, a pesar de su desdén por la jactancia, gloriarse de la manera que lo hizo en 2ª Corintios? Esta es la respuesta que da: «Me he hecho un necio al gloriarme; vosotros me obligasteis a ello [...]» (12.11). ¡Ya los cristianos corintios habían prestado oído a necios en el pasado, y lo habían hecho de buena gana! Se gloriaba, no para ganar la discusión, sino porque los corintios estaban confundidos y fácilmente se dejaban convencer. Con mordaz sarcasmo, les dice: «Pues toleráis si alguno os esclaviza, si alguno os devora, si alguno toma lo vuestro, si alguno se enaltece, si alguno os da de bofetadas» (11.20). Si ellos hubieran sido más maduros y más capaces de distinguir al verdadero siervo de Cristo, su gloriarse habría sido innecesario. Si ellos no hubieran estado tan confundidos en la manera como enfocaban el ministerio, Pablo no se habría visto obligado a gloriarse. Esta iglesia había demostrado que «de buena gana toleraría a los necios».

La conversación que sostiene Pablo con los corintios suscita algunas preguntas importantes para la vida de la iglesia contemporánea. Si somos consumidores de una religión al estilo del «autoservicio», no hay duda de que estaremos en una situación parecida a la de los corintios. Se nos ofrecerán diversas y contradictorias clases de ministerio, entre las cuales podremos elegir, y oiremos las contradictorias «jactancias» de cada una de ellas. La pregunta que debemos contestar es esta: ¿Qué estamos dispuestos a «tolerar»? ¡Pablo había hecho el papel de un necio porque a los corintios les atraían especialmente los necios! Un importante desafío que se le presenta a la iglesia, es conocer y reconocer los ministerios legítimos y rehusar ser simples consumidores. Es posible que a nosotros, al igual que a los corintios, nos impresionen las afirmaciones que no deberían impresionarnos. Puede que nos atraigan los ministerios que ofrecen más resultados y exigen menos sacrificio, o los ministerios espectaculares y poco comunes. Una iglesia madura no será vulnerable a los que se jactan de sus extraordinarios resultados.

Hay otras preguntas que suscita la conversación de Pablo con los corintios. ¿Cuándo es correcto gloriarse? ¿Qué merece que nos gloriemos? Hay cierto gloriarse que es incorrecto, pues da la impresión de que los logros son nuestros. Por ejemplo, es correcto llevar registros y estadísticas. Sin embargo la fascinación con estadísticas y marcas puede deberse a motivos equivocados. Si «anotamos el marcador» tan sólo para probar la superioridad de nuestra propia iglesia, nuestro gloriarnos será incorrecto.

¿Qué merece que nos gloriemos? Pablo da una respuesta en 11.23–33 y 6.4–10. Toda congregación puede beneficiarse de la lista que hace Pablo de cosas de las cuales él estaba dispuesto a gloriarse. Valdría la pena comparar las cosas de las cuales él se gloria con las afirmaciones que nosotros mismos hacemos acerca de nuestros resultados.

«¿SON HEBREOS? YO TAMBIÉN» (11.22)

Pablo comienza su respuesta poniéndose a la altura de sus críticos. «¿Son hebreos? Yo también. ¿Son israelitas? Yo también. ¿Son descendientes de Abraham? También yo». No sabemos con certeza las diferencias que implicaban los términos «hebreos», «israelitas» y «descendientes de Abraham». Lo que sí sabemos es que los dos bandos de la contienda se podían jactar de la más pura herencia judía. Tal como Pablo dice en Filipenses, él tenía razones para tener confianza en la carne (Filipenses 3.4). Él podía igualar a cualquiera, punto por punto, en asuntos de herencia.

Al comienzo, pareciera que Pablo eligió gloriarse de las mismas cosas que sus críticos se han gloriado. Su herencia como judío se iguala a la de ellos. ¡Pero Pablo abandona el tema! En 11.23–33, él cambia de tema para mostrar que él es «ministro de Cristo» (11.23). Aparentemente, Pablo podía igualarlos en lo relacionado con la herencia, pero decide no hacerlo (tal como en 12.1–10). Todas estas ventajas son estimadas ahora como pérdida «por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús», el Señor (Filipenses 3.8).

Puede que de vez en cuando nos gloriemos de lo que es relativamente trivial. Podemos llamar la atención al hecho de que nuestra familia siempre ha marcado la pauta, a la noble historia de nuestra congregación o a logros que hemos obtenido. Los anteriores apenas ameritan que uno se gloríe. Pablo reconoce que él puede igualar tan triviales motivos para gloriarse, pero en realidad no vale la pena.

DISTINTIVOS DEL CRISTIANO (11.23–33; 6.4–10)

En dos pasajes separados de 2ª Corintios, Pablo enumera las verdades acerca de su propia vida que muestran que él es un auténtico siervo de Cristo. «[...] antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios [...]» (6.4). «¿Son ministros de Cristo? [...] Yo más» (11.23). Pablo, el hombre que fue acusado de ser poco impresionante y débil, se defiende ahora. Pero, para asombro de su audiencia, se gloria de las mismas cosas por las cuales se le critica. El que era «demasiado débil» para aprovecharse de la iglesia (11.21) ahora se

glorúa de lo que muestra su debilidad (11.29–30). De hecho, una palabra clave de los capítulos 10 al 13 es «debilidad», pues la debilidad es un distintivo del cristiano (cf. 10.10; 12.5, 9–10; 13.4, 9). El cristiano es aquel que no tiene poder propio.

Pablo tiene una asombrosa lista de eventos ocurridos en su vida que muestran su debilidad. Sólo sabemos de unas pocas de estas situaciones por medio de Hechos o las otras epístolas de Pablo, porque él sólo recordó estos eventos cuando la validez de su ministerio fue puesta en duda. Estas listas dan la impresión de una figura digna de lástima que sufrió un momento de tribulación tras otro.

Es impresionante ver los aspectos de la vida cristiana en los que Pablo insinúa haber sobresalido. En 11.23, repite expresiones como «yo más» y «más» (usa *perissoteros* para ambas expresiones), juntamente con expresiones como «sin número» (*hyperballontos*; NEB, «más severamente») y «muchas veces». Es decir, hay un aspecto de su vida en el cual ¡no hay quien lo iguale! Se trata de la cantidad de arduo trabajo (cf. 6.5; 1ª Tesalonicenses 2.9), los muchos encarcelamientos (cf. 6.5; Hechos 16.23), los azotes (cf. 6.5) y los momentos en los que estuvo cerca de la muerte (cf. 1.8–11). En estos momentos, él lucía como una figura indefensa y digna de lástima. No aparecieron señales milagrosas de parte de Dios para un hombre indefenso que había sido azotado y al que habían abandonado para que se muriera. Era poco probable que alguien hubiera visto señales del poder de Dios en tan desagradables incidentes.

Nos asombran, a medida que leemos, la indefensión de Pablo, la increíble diversidad de lesiones que había sufrido, y el número de momentos dolorosos que había vivido. El efecto de la lectura de la lista es que se nota que, en lugar de ofrecerle salud, riqueza y tranquilidad de espíritu, el ministerio de Pablo no le produjo otra cosa más que dolor. Son momentos extremos de dolor corporal los que se describen en 11.24–25. Los tradicionales «cuarenta azotes menos uno» de los judíos, que Pablo recibió cinco veces, eran dolorosos y a la vez humillantes. El azote con varas (cf. Hechos 16.37; 22.25, 29) era un castigo romano; el apedreo (cf. Hechos 14.19) era llevado a cabo por una muchedumbre dispuesta a linchar a alguien. En todos los lugares por los que Pablo anduvo, él suscitó disturbios públicos que desembocaron en humillantes azotes que llevaron a cabo funcionarios y muchedumbres enfurecidas. Tal como Gálatas 6.17 insinúa, Pablo llevaba en su cuerpo «las marcas del señor Jesús» en la forma de cicatrices de guerra.

Además de los azotes propiamente dichos y de

las muchedumbres dispuestas a lincharlo, estaban los constantes peligros de más tribulaciones. En 11.26, la palabra «peligros» se repite varias veces para mostrar la diversidad de peligros físicos. Estos peligros se relacionaban con el viaje en una era en la que el viajero se enfrentaba con diversos riesgos físicos que provenían tanto de la naturaleza («peligros de ríos», «en el mar») como de bandidos que vagaban por la tierra. El peligro podía ser tan agotador como la presencia en sí de las tribulaciones.

También había apuros por el hecho de no tener garantizados un salario, una incapacidad o una compensación por desempleo. Después de haber relegado a un segundo lugar su profesión, y de siempre tener que depender de los regalos que irregularmente le hacían los demás, Pablo pasaba hambre y sed, frío y desnudez (11.27). Había aceptado voluntariamente exponerse a increíbles inseguridades, porque él confiaba en que Dios proveería. El ministerio llevaba aparejada la decisión de sacrificar un nivel de vida, con el fin de poner su vida a disposición de Dios. Había sido enseñado «en todo y por todo» el secreto «para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad» (Filipenses 4.12). ¡Había dicho anteriormente en 2ª Corintios: «[...] como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo» (6.10)! Su ministerio había implicado riesgos de la seguridad financiera personal y una riqueza que no podía medirse.

La condición física de Pablo no decía nada que atrajera a un público que le da importancia al consumidor. Su estilo de cristianismo le había significado muchas tribulaciones. Ninguno que hubiera andado en los alrededores buscando el ministerio más ventajoso, se hubiera sentido atraído por tal forma de cristianismo.

PREOCUPACIÓN POR TODAS LAS IGLESIAS (11.28)

El ministerio de Pablo incluía más que azotes y muchedumbres dispuestas a lincharlo. Había otro dolor que podía haber sido más severo: «[...] y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias» (11.28). ¡Cuando se tiene un verdadero ministerio, los problemas no se pueden dejar en la oficina! Pablo no afirmó que su ministerio le trajera siquiera tranquilidad de espíritu. Había una presión que sobre él «se agolpaba cada día» (*epistasis*). La palabra podría traducirse por «las presiones de la supervisión». El ministerio implicaba «desvelos»

(11.27; cf. «en desvelos» en 6.5). ¡Nadie que esté ocupado en el servicio cristiano puede predicar el evangelio y ayudar en la fundación de una iglesia, y después marcharse sin más!

La preocupación de Pablo «por todas las iglesias» refleja el hecho de que sus labores misioneras resultaron en la formación de iglesias por todo el mundo Mediterráneo. Sus epístolas y sus visitas de seguimiento nos recuerdan que él continuaba vivamente interesado en las vidas de ellos. Se angustiaba cuando una iglesia se dividía. Expresaba asombro y amarga desilusión cuando algunos de ellos desertaban del evangelio (Gálatas 1.6). Mantenía la mejor comunicación posible. Siempre estaba dispuesto a vérselas con los recurrentes problemas de las iglesias. Pablo se sentía personalmente responsable, no sólo por estar presente en el nacimiento de una nueva iglesia. Era como el ansioso padre de la novia a punto de contraer matrimonio, que desea asegurarse de que su hija va a ser protegida y preservada (11.2). Era como el padre que vela por el bienestar de sus hijos (12.14). Nadie que esté en esta situación puede deshacerse de su «preocupación por todas las iglesias».

Los que se acercan a la fe cristiana del mismo modo que consumidores a un bien de consumo, no estarán cómodos con un cristianismo que implica «preocupación por todas las iglesias». Deseamos una religión que nos quite nuestras preocupaciones, ¡no una que las produzca! Deseamos una vida cristiana que sea tranquila y serena, no una que nos dé desvelos. A menudo elegimos la congregación en la que adoraremos, por su potencial para ofrecernos escape de nuestros problemas. Pero Pablo sabía que no podemos escapar de los problemas que nos causan profunda preocupación. Lo que Pablo dice en 11.28, insinúa que uno de los distintivos del verdadero cristiano es esta preocupación por los problemas de la iglesia.

Es lo más natural del mundo que la mayoría de nosotros deseemos «irnos con el ganador» cuando de entrar de lleno en la vida de una iglesia se trata. Algunos se mudan de una iglesia a otra, con la esperanza de escapar de los problemas de una iglesia y elegir una que no tenga problemas. En las congregaciones que he conocido, otros se quedaron para vérselas con una iglesia desintegrada por los roces internos. Otros se quedaron comprometidos con iglesias que parecían estar sufriendo las aflicciones de un vecindario en decadencia. Algunos cristianos siempre eligen «preocupación por todas las iglesias», en lugar de marcharse para dejar atrás los problemas de comunidades atribuladas.

UN MOMENTO HUMILLANTE (11.32–33)

Un momento humillante de la carrera de Pablo sobresalía. Fue la ocasión en Damasco en la que Pablo escapó de los guardas de la ciudad siendo descolgado del muro en un canasto por una ventana. El momento no se recordaba por el dolor corporal que causara, sino porque Pablo había sido una figura de ridícula apariencia al ser descolgado en un canasto. La escena de un adulto que escapa en un canasto podría haberle parecido cómica a un espectador. ¡Los cristianos que quedaban apenas podían señalar con orgullo el «gran estilo» con que el dirigente de ellos salió de la ciudad! Los oponentes de Pablo podían llamar la atención a este momento como un ejemplo de que el apóstol era una figura débil que causaba vergüenza a la iglesia.

En el mundo antiguo, la más excelente condecoración militar del valor era una medalla que se le concedía al hombre que primero subía al muro cuando el enemigo les hacía frente. Pablo se representa haciendo exactamente lo opuesto: Él fue el primero en bajar del muro. No tenía demostración de poder ni discurso electrizante que convenciera a la multitud. Pablo tuvo la osadía de gloriarse del momento más humillante de su vida, un evento que probablemente se contaban entre sí sus enemigos que deseaban desacreditarlo. No hay duda, pensaban ellos, ninguno que sea humillado y azotado puede exhibir el poder de Dios en su ministerio.

Pablo había comenzado toda la defensa de su ministerio (11.16–33) «jugando de loco» e igualando a sus críticos punto por punto (11.16–22). Podemos suponer que ellos tenían su propia lista de victorias. Pero en 11.23–33, Pablo considera que no tiene sentido igualar la jactancia de ellos en sus logros. Brinda, en lugar de esto, una lista de dificultades y fracasos. La debilidad por la que se le ridiculiza es precisamente aquella de la que se gloria. «¿Quién es débil, sin ser yo débil?» (NASB) pregunta Pablo. «Si es necesario gloriarse, me gloriaré en lo que es mi debilidad» (11.29–30). Pablo rehusó usar el patrón de éxito del mundo para defender su ministerio. Su ministerio se caracterizaba por arduo trabajo, por desvelos y por desafíos superiores a sus fuerzas.

Su respuesta, por lo tanto, no fue popular, y es poco probable que lo sea ahora. Tenemos otras

listas que ofrecer para validar nuestros ministerios. Casi nunca incluimos nuestras debilidades en el currículum vitae y en los informes de fin de año. Imagínese la congregación que vería con buenos ojos la lista de logros de Pablo en el historial de un ministro. Una iglesia que tenga como modelo la corporación moderna exigirá que haya señales de éxito. La lista de Pablo nos recuerda que hay ciertos ministerios exitosos a los que jamás nos han llamado la atención. Es posible que ciertos ministerios «exitosos» no sean exitosos según los patrones de Pablo.

FORTALEZA EN LA DEBILIDAD

Cuando comprendemos los azotes mentales y corporales que Pablo recibió en su vida, nos asombra que este frágil «vaso de barro» sobreviviera del todo. La atención médica insuficiente, los azotes, la desnudez, la dieta irregular y el constante viaje en peligrosas circunstancias eran suficientes para desgastar al más robusto atleta. Las «muchas veces» que estuvo cerca de la muerte debieron de haber dejado cicatrices permanentes, si no es que discapacidades. La lista de las «debilidades» de Pablo nos asombra, por lo tanto, con la increíble fortaleza del apóstol para resistir. Innumerables momentos de desgaste físico y emocional sobrevivieron cuando la fortaleza de Pablo se había agotado. Pero él siempre halló una reserva de poder que procedía de Dios. Cuando derramaba sus fuerzas, era reabastecido por Dios.

CONCLUSIÓN

Tal vez una de las razones más importantes por las que hemos carecido de un poder que nos sustente en nuestros ministerios, sea que la religión al estilo «autoservicio» siempre recurre a los que afirman poder revolucionar nuestra congregación a precios módicos. A nosotros, al igual que a los corintios, nos gusta llevar registro de los logros que hemos obtenido sin haber puesto en gran peligro un estilo de vida holgado. Pablo no ofrece un estilo de vida holgado. El poder de un verdadero ministerio procede, no de los programas más creativos, sino de desgastarnos nosotros mismos por la causa de Cristo. «Cuando somos débiles, entonces somos fuertes». El distintivo del cristiano es la debilidad que abre sus puertas al poder de Dios. ◆